

# Fronteras de los confinamientos

Francesca Paola Casmiro Gallo



e la ventana abierta, la luz del día entra de puntillas y dice que la vida continúa. Aún desconozco cómo estoy viviendo este confinamiento en casa, en un pueblo chiquito de Italia, fuera de la capital, cerca del mar. Poco a poco las tiendas cerraron. En televisión el gobierno avisó sobre las medidas que por un periodo habría limitado el horizonte. Hasta que un día, el gobierno dijo que era necesario quedarse en casa, solo las tiendas de alimentos podían seguir abiertas: todo iba a cerrar. El jardín de casa se convirtió en mi mundo. Había estado acostumbrada a correr siempre, anhelaba algo que estaba afuera de mí. Ahora, empecé a ver los secretos de las tortugas que mi madre cuidaba con delicadeza, y la flor que se abría en la mañana, vi cómo se iluminaban de amarillo los limones del árbol por el pasar del tiempo. Me quedé en casa con mi viejita, mi mamá de ochenta años, su rostro alegre de corteza esponjosa me ha



acompañado en estos días. A su edad, ella había aprendido a saborear las fases vitales de las pequeñas cosas.

De los balcones, las personas confinadas en casa empezaron a cantar «Bella ciao» para compartir el miedo y darse fuerza en las ciudades desiertas de carros y viandantes. Las comunidades de migrantes compartieron productos necesarios con la población más vulnerable. La comunidad china regaló mascarillas y la comunidad latinoamericana ofreció almuerzos a las familias en dificultad económica.

En la televisión, vimos brigadas de médicos cubanos llegar para ayudar a la población del Norte Italia que había sido mayormente afectada. Al bajar de la escalera del avión, había médicos cubanos negros con la bandera de Cuba, aquellos que habían sido excluido por siglos de la educación superior, ahora luchan en primera persona contra el coronavirus que se traga los pulmones de la gente. De la pantalla, vimos camiones militares que transportaban centenares de cuerpos que no pudieron recibir una sepultura digna por el peligro de un contagio y fueron llevados al cementerio de prisa. Así ocurrió en Italia, en Nueva York, en Brasil, Ecuador. La televisión se convirtió en una ventana hacia el mundo. La frontera invisible aún no se puede pasar, comportamientos que antes eran cotidianos ahora pueden ponernos en riesgo y dañar a las personas más cercanas; de ahí como género humano, experimentamos una responsabilidad colectiva.

En México, la prensa publicó la fotografía de una anciana indígena de Chiapas, el título del artículo decía: “Si nos pega el virus, moriremos en silencio” (9/10/2020). Pronto, brigadas de médicos y enfermeros italianos podrán viajar para ayudar a otros pueblos, para que la solidaridad sea la levadura de este mundo que aprenderemos a conocer nuevamente, admirando las cosas pequeñas que son fabulosas, los momento



vitales de cada día: acariciar la tierra, enamorarse del aire, llorar nuestros muertos, agradecer la vida, defenderla, abrazar de veras hasta sentir que estamos vivos.



“Francesca Paola Casmiro Gallo”, de Paolo Pegoraro, Italia, 2020.

